

De recuerdos y caminatas

Paula Eseiza Jaurena



Capítulo 1

La Travessera de Gràcia estaba desolada y a Marina le bastó con dar tres pasos para entender que ese paisaje no le agradaba. Entonces cerró los ojos e intentó recrear sus antiguas caminatas por el lago: pensó el aroma del agua en primavera, se esforzó por escuchar el alboroto de los árboles cuando son sacudidos por el viento y también deseó sentir el frío que se esconde detrás del sudor... pero todo fue en vano. Solamente logró que sus ojos se achinaran por la luz del sol que le daba de frente, aunque en la vida real era de noche.

Cuando pasó por la puerta del bar, olió a papas fritas. No le dio hambre, sino nostalgia porque recordó el secreto de su madre: "Un diente de ajo en el aceite hasta que hierva, y verás cómo le da un gustito especial". Pudo sentir el sabor del ajo disolviéndose en su boca y le agregó queso cheddar y panceta, porque esas eran las papas fritas que comía con sus amigas.

Siguió avanzando entre los bares, haciendo frente a ese olor que desprende el aceite quemado. Volvió a ver a su madre en la cocina, ahora friendo huevos mientras las papas ya fritas reposaban sobre una sartén. ¡Qué sensación tan majestuosa, mojar la patata en la yema del huevo que aún estaba líquida! Marina revivió la urgencia por comer un bocado luego de seis horas de ayuno en la escuela.

Con la misma hazaña que la de un gato, observó detenidamente la montaña de patatas hasta que encontró el momento oportuno para atacar la sartén y robar un puñado, que se comería a escondidas. Pero el ojo biónico de su madre no escaparía a ese detalle:

—¿Quién se comió las papas?! ¡Cómo me molesta que me roben la comida cuando no está terminada!

A Marina se le dibujó en la cara una sonrisa de oreja a oreja y entonces abrió los ojos porque había llegado a su destino. Seguía en Barcelona y su madre, probablemente, estaría cocinando en Argentina.

¿Recordaría Marina las caminatas por los bares cuando volviera a caminar por el lago en algún atardecer? Con toda certeza, la respuesta era sí. Su corazón habitaba entonces dos paisajes diferentes y cuando la mente se expande en las nuevas vivencias, ya no hay vuelta atrás.